

Marzo de 1989

La irrupción de Fernando Fuertes en *La Gorgona* fue, como era habitual en sus rondas por las redacciones, un torbellino que hacía que todos los objetos se pusieran en movimiento en torno a él. Hasta las hojas de papel acababan por el suelo después de un corto vuelo, no importaba que no hubiese pasado ni muy cerca ni muy rápido. Por el contrario, los redactores, aquejados de una extraña y súbita parálisis, permanecían con la mirada fija sobre sus pantallas, los miembros rígidos y las manos clavadas sobre los teclados. Fuertes recorría las estancias en una especie de levitación y, aunque era de escasa estatura, siempre parecía flotar al menos un palmo por encima de los que estaban de pie. El silencio se hacía más espeso en su proximidad y en su recorrido por entre las mesas; si se detenía ocasionalmente a hablar con algún redactor, sólo se oían las preguntas que Fernando hacía, nunca las respuestas que recibía, que eran siempre breves y azoradas.

—¡Hombre, Jonás! ¿Cómo te va? Supongo que aquí estarás a tus anchas. Esto es lo que estabas deseando, ¿no?

Tantas cosas que responder hacen conjeturar que quien pregunta no espera respuestas sino asentimiento. Fue la opción de Jonás.

—Claro, todo va estupendamente, Fernando.

Tampoco hubiera tenido tiempo de mucho más. Ya el carismático director del diario *La Gaceta* se había alejado unos pasos y, sin volverse, elevaba ligeramente su voz para ser oído mientras continuaba su marcha.

—No sabes cuánto me alegro. Sigue, sigue con lo tuyo.

Repartió algunos saludos más de camino al despacho de Javier Hurtado, el director de *La Gorgona*, que le seguía inmediatamente detrás. Se dirigió directamente a la amplia mesa de juntas y se sentó en la cabecera. Hurtado cerró la puerta y se quedó de pie frente a él, esperando.

—Quiero que sepas que en la última reunión del Consejo de Administración se han alzado varias voces pidiendo resultados en la revista. Ya sabes lo nervioso que es el dinero. Alfonso está bastante tranquilo y eso es lo importante, su margen de maniobra es grande. He preferido venir yo a hablar con vosotros antes de que el consejero delegado lo haga. Entre nosotros hablamos como periodistas, mientras que él habla como empresario. En fin, cuéntame cómo van las diferentes secciones. ¿Funciona todo el mundo bien o hay algún lastre en el equipo? Entiéndeme, Javier, no es que esté supervisando tu labor. Se trata de que yo conozco bien y de antiguo a la mayoría de los miembros de tu equipo y mi intención es tratar de aportar algo con mi conocimiento.

—Claro, claro, Fernando. No hay ningún malentendido. Creo que todo funciona razonablemente bien. El equipo está todavía ajustándose y yo creo que puede dar mucho más de sí. No hay más dificultades que las propias del día a día. Ya sabes, pequeñas correcciones de rumbo.

—¿Estás aludiendo a algo en concreto?

—No, a nada en especial.

—No te pongas misterioso y si hay algo que te preocupe, suéltalo.

—No llega a ser preocupación; he tenido alguna discusión con el jefe de Colaboraciones, Jonás Balmaseda. A veces me da la impresión de que está más implicado de lo que debiera con los colaboradores externos de la revista. Es cierto que ha conseguido atraer primeras figuras de todos los ámbitos y que todos ellos ponen mucho esmero en los trabajos que les estamos publicando. Tiene su mérito conseguir que entreguen textos más que dignos gentes que se dedican a la pintura, la arquitectura, al cine. Y casi nunca le fallan cuando les pide algo. Sin embargo, creo que, a cambio, se implica demasiado con ellos.

—¿En qué sentido?

—Por ejemplo, estoy pensando decirle algo acerca de esa arquitecta catalana, Cristina Franco, a la que le está dando tanta cancha. Es una chica prometedora, pero que aún no ha demostrado nada. Y *La Gorgona* no es una capea para darle oportunidades a los maletillas. Balmaseda no parece comprenderlo.

—Yo no me preocuparía por eso. He leído alguna de sus colaboraciones y encuentro que esa chica tiene gracia. No está mal ir apostando por la cantera y que vaya entrando aire fresco. En fin, tú verás.

—Bueno, seguramente tienes razón en eso. Pero fue irritante la actitud que tomó el día que le ordené que retirase la colaboración de Eduardo Páez, el novelista.

—Eso sí que ha de estar claro.

—Pues me parece que a él no le ha quedado completamente claro.

—Bueno, Javier, llámame a los redactores jefes. Al terminar la reunión, tendré una pequeña charla aparte con Jonás. Ya comentaremos tú y yo después. Mientras Hurtado se dirigía hacia su mesa para hacer la convocatoria, ya se estaba arrepintiendo de su comentario. Fuertes se iba a encaramar por encima de él frente a sus subordinados. Le estaba bien empleado por dejar ver debilidades. No se podía considerar de otra forma haber insinuado que Jonás se había mostrado respondón con una de sus órdenes. Se hizo firme propósito de no volver a dejar los flancos descubiertos frente al que, sin serlo oficialmente, se comportaba en todo momento como su superior. Fuertes era una de esas personas que toman posesión de los espacios, que los ocupan del todo expandiéndose y adueñándose de ellos. En esos momentos, el despacho del director de *La Gorgona* le pertenecía y a su ocupante habitual no le quedaba más remedio que actuar como un invitado. Javier se situó tras su mesa, descolgó el teléfono y ordenó:

—Sonia, que vengan Aristides, Crespo, Cifuentes y Balmaseda. Diles que dejen lo que tengan entre manos, que Fernando Fuertes quiere hablar con ellos. —Tapó con una mano el auricular y levantó la cabeza—. ¿Te apetece tomar algo?

—He desayunado hace un rato, pero, bueno, que me traigan un café solo.

—Sonia, ¿quieres encargarte, además, de que nos traigan dos cafés solos?  
Gracias.

Fernando se había levantado y se dirigía hacia la mesa de Javier con decisión.

—No te importará que haga unas llamadas desde tu teléfono...

—Naturalmente. Aquí está, a tu disposición.

Hurtado se tuvo que apartar raudo porque Fuertes avanzaba hacia la silla como si estuviera vacía.